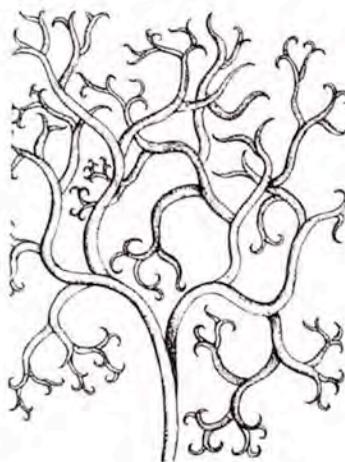


Otra fuente de imprecisión en la información se deriva de falsas creencias, por cierto muy difundidas entre algunos ecologistas y ambientalistas, carentes de sustento factual, que desvirtúan las características de algunas especies. Los árboles, por sí mismos, no son ni buenos ni malos; pero la utilización que se les da para un propósito concreto sí puede tildarse como apropiada o inapropiada. Pensemos, por ejemplo, en el caso de un árbol de porte grande, sembrado en un pequeño antejardín, debajo de redes de alumbrado público. No es que el árbol sea malo ni se trata de satanizar a la especie; lo que sucede es que, en este caso, se ha empleado incorrectamente. Esto sucede con los eucaliptos, cuando en la pág. 122 se dice: "bombean el agua desde el suelo y se la entregan al aire a través de las hojas. Secan el suelo de cualquier terreno [...] generan la desertificación del suelo". Aquí se necesita aclarar que la gran mayoría de las plantas —no sólo los eucaliptos— también "bombean agua" desde el suelo hacia la atmósfera mediante el desarrollo de sus funciones vitales de fotosíntesis, respiración y transpiración: extraen agua y nutrientes del suelo por medio de sus raíces, conducen la savia por sus tallos hasta las hojas donde se realiza la fotosíntesis, la respiración y la transpiración. De estos procesos fisiológicos resultan productos como: energía y sustancias químicas (carbohidratos que las plantas invierten en su crecimiento, CO_2), oxígeno gaseoso —indispensable para los seres vivos, entre ellos los humanos—, y vapor de agua. Por otra parte, la desertificación, al igual que el empobrecimiento del suelo, es el resultado de la combinación de múltiples factores, muchos de los cuales tienen origen antrópico. Cuando se afirma que la siembra de una(s) especie(s) ocasiona(n) la desertificación se incurre en enormes imprecisiones que, al final, sólo denotan la falta de conocimiento de los más elementales procesos de los ecosistemas. Además, siguiendo con el caso de los eucaliptos, los autores del libro que nos ocupa se olvi-

dan por completo de mencionar las ventajas de estas especies, tales como su rápido crecimiento y su rusticidad, que las hacen aptas para muchas situaciones. No se trata aquí de acrecentar la ya clásica polarización entre los fanáticos proeucaliptos y antieucaliptos, ni de cualquier otra especie nativa o introducida, sino de recordar que el uso de los eucaliptos, al igual que el de todas las otras especies de árboles, tiene ventajas y desventajas. Únicamente mediante un análisis cuidadoso y objetivo que considere las características intrínsecas de los árboles, los bosques y sus interrelaciones con el ambiente, con base en principios sólidos y reales, no con sustento en creencias infundadas, se podrá aspirar a disfrutar de un uso racional y sostenible de estos recursos naturales.



En suma, se trata de un libro maravilloso, tanto en su diseño como en su utilidad, para dirigentes y toda la ciudadanía, que busca fomentar y complementar las enormes campañas de recuperación y de adecuación del espacio público en Bogotá, pero pobre en coherencia técnica y en contenido. Puede asegurarse, sin lugar a dudas, que vale la pena continuar con la línea de difusión de nuestros recursos naturales, una labor en la cual todos deberíamos participar, de cuyos beneficios podremos disfrutar tanto los habitantes de hoy como las generaciones futuras. Sólo en la medida en que

conozcamos y valoremos mejor nuestro entorno inmediato podremos aspirar a construir planes viables y sólidos, a largo plazo, para su utilización y conservación.

ANA CATALINA LONDOÑO
VEGA

† "Santafé de Bogotá Reverdecerá": durante 1993, campaña "organizada por el Dama y ejecutada por las comunidades que han sembrado más de 138.000 árboles entregados por la Car, en diecinueve localidades bogotanas" (pág. 22).

Retorno al edén

Jardines de Colombia

Juan Gustavo Cobo-Borda y Cecilia Mejía Hernández; fotografía: Claudia Uribe Touri; texto de ilustraciones y solapas: Alfonso Robledo Anzola Villegas Editores, Bogotá, 1996, 223 págs., ils.

"Al principio fue el paraíso... así comienza también esta historia maravillosa" (pág. 7). Siguiendo su ya tradicional excelencia editorial, Villegas Editores nos presentan ahora una publicación sobre los jardines de Colombia. Con sus bellas fotografías, acompañadas de textos llenos de sensibilidad, este libro nos transporta hacia lugares comunes de nuestra geografía —unos conocidos, otros incógnitos— pero todos cercanos a nuestra memoria. Desde los títulos insinuantes de las diferentes secciones ("El jardín de las delicias", "Jardín de palabras", "Los jardines a lo largo de la historia") se percibe la amplitud en la concepción de los jardines: esos espacios donde no sólo se recrean nuestros sentidos sino todo el espíritu.

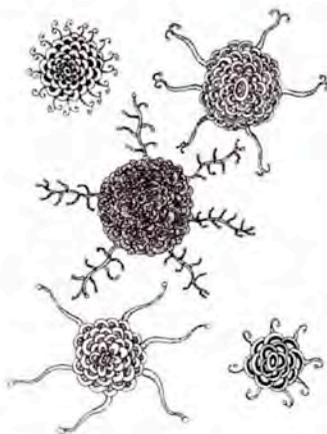
La primera sección nos introduce, brevemente, al tema. Luego, a través de ejemplos —gráficos y verbales— se inicia el recorrido por los jardines de nuestro país. Sin caer en las definiciones escuetas se presentan las múltiples variaciones que sobre un tema tan amplio pueden exis-

tir —y de hecho las hay— en un país tan grande, diverso y heterogéneo como el nuestro.

En la segunda parte entramos al “Jardín de palabras”. Como sendero sinuoso, el texto de Juan Gustavo Cobo-Borda nos conduce a través de un recorrido fotográfico de una muestra variada de jardines. La acertada combinación de texto e imagen logra algo más que mostrarnos una selección de jardines. Lo que efectivamente consigue es transportarnos en el tiempo y el espacio. Casi podemos oír las cantarinas aguas, casi podemos oler los aromas exquisitos de tantas flores, de la tierra húmeda, casi sentimos, ya el calor de los espacios exuberantes de las tierras bajas, ya el aire refrescante de las tierras altas.

Quietos en el jardín, viajamos por todas partes. Ya no vamos, deambulantes, de la fuente al almacigo de las rosas. De la llave de agua de la manguera a las rejas que aíslan de la calle. Basta con inhalar, pituitaria memoriosa, un perfume salado. Una proximidad de ola para que estalle la pregunta insondable: no saber quiénes somos ni de cuál país en realidad formamos parte. La patria es un aroma. ¿El Caribe? ¿Los Andes? Somos ciudadanos del jardín por antonomasia: El jardín de la Infancia. [págs. 19-21]

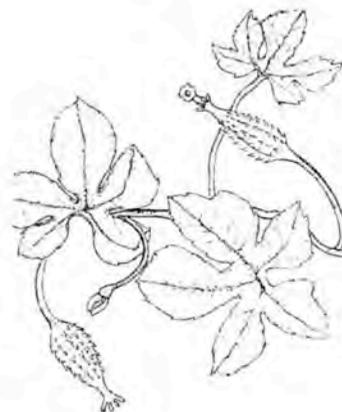
Para muchos seguramente se tratará sólo de una recopilación de textos e imágenes de los jardines del país; para otros, será una oportunidad de echar un vistazo al pasado, a los sueños... Estas páginas abrirán puertas y ventanas a la insondable inmensidad de los seres humanos, sus vivencias, sus sentimientos, sus creencias, sus obras. Como la imagen de la cubierta posterior, el libro mismo se convierte en un corredor fresco, sombreado, que conduce a otro espacio, a otro tiempo: donde se respira y se siente paz. En medio de la quietud de estos jardines se hallará el placer de reencontrarse con uno mismo.



Por último, en la tercera parte del libro, Cecilia Mejía Hernández nos presenta una breve síntesis del papel de los jardines en diferentes culturas y tiempos. Desde el Oriente Medio y el Asia Menor, pasando por China, Grecia y Roma, la Europa renacentista, Francia y los jardines anglosajones, el texto nos lleva finalmente a los “Jardines colombianos”. En éstos últimos, se va de lo precolombino, a través de lo colonial y lo europeo, hasta lo contemporáneo. Mediante un resumen, a veces escueto, otras detallado, se busca dar un contexto histórico y geográfico para comprender la enorme variedad que caracteriza a nuestros jardines. Pero bajo la tendencia al enciclopedismo, a veces se cae en imprecisiones, se desvirtúan las relaciones causa-efecto, y se llega a enumeraciones y generalizaciones que sólo crean confusión en el lector. Por ejemplo, después de leer la parte “lo precolombino” (págs. 212 y sigs.) sólo queda un gran descontento y desacuerdo con la forma tan ligera con la cual Cecilia Mejía Hernández mezcla el conocimiento tradicional indígena (actual y pasado) con menciones sobre datos arqueológicos y antropológicos puntuales, con la jardinería, con el manejo del entorno.

Con una secuencia que obedece más al vuelo de un pájaro que a algún criterio sistemático de organización, este libro presenta un recorrido por los jardines de las distintas regiones del país, a través de sus distintos climas con sus vegetaciones típicas asociadas. Por doquier se

observa la huella del mestizaje cultural, evidente en la mezcla de los elementos propios y foráneos: su diseño, su magnitud, sus componentes, la distribución de sus elementos, las plantas mismas, en fin. Desde los grandes vergeles señoriales de museos y sitios históricos, pasando por los privados —bien sea humildes o pomposos—, hasta los públicos (v.g., los jardines botánicos) la muestra logra ser representativa de la enorme variedad existente en nuestro país. A pesar de que casi la mitad de las fotografías muestran jardines de Cundinamarca, la sensación final es de amplitud y representatividad: verdaderamente son los jardines colombianos los que se presentan. En un país como el nuestro, grande, diverso, complejo y heterogéneo, con unas regiones naturales tan distintas entre sí, cada una con sus gentes, con su idiosincrasia, con su cultura, con su patrimonio natural tan particular, tratar un tema tan amplio como los jardines no deja de parecer una tarea de titanes. El título del libro hace que uno se pregunte si se podrá comprimir un tema tan amplio en una sola publicación. Pues sí, ¡y de qué bella manera lo logran los autores!



Las fotografías (de Claudia Uribe Touri y otros) captan imágenes impecables, despliegan la paleta de colores, las texturas, las formas y los diseños que se complementan con textos de Alfonso Robledo Anzola. En estos, el lector podrá encontrar anotaciones de diversa índole: datos históricos, referencias geográficas,

alusiones a las plantas, a los elementos predominantes del diseño, entre otras.

Un libro para mirar y admirar, para volar y visitar con los ojos y la memoria otros espacios, otros tiempos. Para soñar, para recrear el espíritu, para evocar sensaciones, presencias, palabras. Un paseo por el paraíso. "Un jardín es un cuerpo vivo, que recorremos con asombro. Lo definen la vista, el tacto, un aroma inconfundible, una hierba que se nos enreda en la botamanga del pantalón. Como Dafne, el jardín quiere atraparnos" (pág. 17).

Hoy en día, entre los habitantes de nuestras grandes ciudades, con su clara tendencia a reducir los espacios de las viviendas, quienes pueden disfrutar de un jardín privado son cada vez más pocos. Por eso, la importancia de mantener, rescatar y fomentar los jardines públicos: en los parques —paradójicamente ausentes en este libro: sin ninguna ilustración y con una brevísima mención en las págs. 219-221—, en los museos, en los sitios históricos, en los predios universitarios y, especialmente, en los jardines botánicos. Algunos sitios históricos (v.g., la Quinta de San Pedro Alejandrino en Santa Marta, págs. 174-175, la Quinta de Bolívar en Bogotá, págs. 30-33) y museos (El Chicó, págs. 10, 22, 34-37) se muestran en el libro; los demás no reciben la atención que merecen. De los jardines botánicos mencionados, el de Bogotá (págs. 42-43), el de Medellín (páginas. 130-131) y el de Cartagena (págs. 184-187), los dos primeros ni siquiera aparecen con sus nombres completos: Fundación Jardín Botánico José Celestino Mutis y Fundación Jardín Botánico Joaquín Antonio Uribe, respectivamente. La pobre mención de estas instituciones demuestra la enorme vigencia, en nuestro medio, de esa tendencia a construir los jardines de puertas para adentro, en espacios privados. Extraña mucho la falta de reconocimiento de la importancia de estas instituciones, las cuales, a pesar de las dificultades financieras, logran desempeñar vitales labores de investigación, especí-

ficamente "botánica", como lo indica su nombre, y desempeñan un papel fundamental en nuestra sociedad al brindar sana recreación, esparcimiento, divulgación de conocimiento y fortalecimiento de la identidad cultural.

Visitar un jardín es mucho más que recrear la vista en un sitio agradable. Es abrir las puertas a la imaginación, es fomentar el crecimiento integral de las personas... es una experiencia de la cual nadie debería privarse.

ANA CATALINA LONDOÑO
VEGA

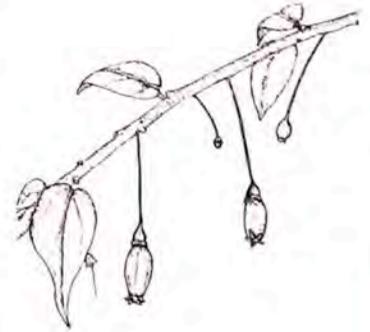
La adolescencia no suelta sus espejos

La casa de memoria

Jotamario Arbeláez
Premios nacionales Colcultura,
Bogotá, 1996, 130 págs.

En la librería de la Universidad de Washington, donde se vende de todo (como en una farmacia que se precie), hay una sección —una esquina, más bien, entre las biografías y las novedades— dedicada exclusivamente a los poetas *beats*. Ginsberg ya se fue, lo mismo que Corso; y el único que todavía da la batalla es Ferlinghetti, aunque ya está jugando los descuentos... El estante de los *beats* tiene también de todo, hasta lo inimaginable: los libros de poemas del grupo (al que le siguen saliendo brotes como si fuera un árbol mágico); los libros de prosa narrativa —o activismo de índole diversa— del grupo; los libros de memorias, recuerdos, miscelánea, del grupo; los libros de crítica sobre el grupo y aquellos volúmenes dedicados a la chismografía pura, con imágenes fotográficas (álbumes hasta de los baños de los bares donde dejaron sus *graffiti* de regular ingenio y bien poca poesía); los libros que son transcripciones de

charlas grabadas en una taberna; los libros de hipérbolos románticas sobre algún miembro del grupo; las biografías de cada uno, y cada uno tiene más de una biografía en su haber (piénsese no más en Ginsberg y Kerouac, acaso en Burroughs). Libros y libros. De esta vasta colección de anécdotas y arqueología literaria, bien puede uno eximirse del noventa y cinco por ciento; eximirse sin problema ni, menos aún, sentimiento de culpa literaria.



Con el nadaísmo colombiano sucede algo parecido, claro que a menor escala: a escala latinoamericana. No vale la pena entrar en detalles. Como agitador y prosista, Gonzalo Arango fue simplemente extraordinario; como poeta, un versificador de humildes condiciones. Los poetas del nadaísmo se llaman Jaime Jaramillo Escobar y Jotamario. Tener, entonces, a dos escritores de esa talla no es moco de pavo. Enhorabuena por el nadaísmo, que les dio, si no la luz, una linterna mágica para pernoctar en un mundo (Cali o Medellín) reacio a la palabra que se libera y canta lo suyo, que resulta ser lo más viejo en estado de novedad.

Jotamario ganó con *La casa de memoria* el premio nacional de Colcultura de 1995. Es un libro valioso por donde se le mire (sobre todo si uno lo mira globalmente), aunque no todo lo que brille tenga un esplendor que sobrepase la anécdota casera (el profeta ha vuelto a la morada, y en el caso de Jotamario es también su lenguaje más feliz). *La casa de memoria* es, sin duda, un libro gozoso. Su título juega, por lo menos, con dos significados: la me-